

18. Babilonia, el Gran Misterio

El decimoséptimo capítulo del Apocalipsis es una historia divina del poder representado por la bestia que Juan vio surgir del mar, y que se distingue de todas las demás bestias por sus siete cabezas y diez cuernos con coronas. El profeta Daniel escribió la historia del mundo desde el punto de vista de las naciones. Él menciona la religión, y especialmente al pueblo de Dios, pero trata primordialmente con las naciones. Por otro lado, la historia presentada a Juan en la isla de Patmos fue principalmente una historia eclesiástica. Para comprender a fondo el registro de los eventos que han tenido lugar en la tierra, es necesario, por lo tanto, estudiar juntas las dos profecías de Daniel y el Apocalipsis, porque una es el complemento de la otra. Sin embargo, en los últimos días de la historia del mundo, habrá una unión tan estrecha entre la iglesia y el estado que, para comprender el derramamiento de los juicios de Dios en las plagas, a Juan se le dio una visión tanto de la iglesia como del estado. Las siete últimas plagas vienen como resultado de una cierta línea de acción. Dios no retira arbitrariamente Su misericordia de la tierra, y atormenta a los hombres porque tiene el poder de hacerlo. La ley divina ha sido revelada al hombre siglo tras siglo; y sin embargo, contrariamente a esa ley, los hombres y las naciones han preparado el camino para su propia destrucción. En la historia de cada nación que ha surgido y caído, Dios ha dado una lección objetiva al mundo sobre los resultados finales de la desobediencia continua a las leyes que rigen el universo, y en armonía con las cuales, solo, el universo mismo continúa existiendo.

Después de mostrar a Juan la destrucción que viene cuando se rompe el último lazo de misericordia que une el cielo y la tierra, uno de los ángeles, sosteniendo la copa, en la cual estaba una de las plagas, vino al profeta para darle una razón de los terrores que acababan de ser retratados. Este ángel controla ciertos elementos, cuyo correcto funcionamiento preserva la vida. Desde el principio de la historia, él ha observado el crecimiento de las naciones. Las ha

visto surgir en belleza y fuerza, prosperar por un período, y desaparecer repentinamente, como si la tierra se hubiera abierto y las hubiera tragado; e inmediatamente en el mismo lugar surgiría otra nación, repetiría las mismas acciones, y después de un breve espacio, dejaría de existir, sin que el hombre aprendiera sabiduría, aunque Dios buscó mediante estas providencias, y por Su sistema completo de revelaciones, advertirle contra ciertas trampas. Solo unos pocos individuos dispersos de cada generación han oído la voz del Cielo, y han sido salvos.

Uno de los siete ángeles que tenían las copas llenas de la ira de Dios, llevó a Juan a un lugar apartado, donde, sin ser molestado, podía entender la historia, viéndola como desde la cima de una montaña, donde cada objeto se veía en su relación con cada otro objeto. Y vio a una ramera, una mujer prostituta, ataviada con ropas espléndidas, de color púrpura y escarlata, adornada con oro y piedras preciosas y perlas, llevando en su mano una copa de oro llena de abominaciones y la inmundicia de su fornicación.

La mujer fue la obra cumbre del Creador; cuando salió de la mano del Hacedor, Dios mismo la pronunció *muy buena*. Ella, que era la más alta, cae a lo más bajo en el pecado, y así como su poder para el bien es ilimitado cuando Dios dirige, así arrastra a los hombres al borde del infierno cuando su corazón está poseído por Satanás. Una mujer pura representa la iglesia de Cristo; una prostituta representa esta iglesia cuando se aparta de su esposo legítimo y comete adulterio con los reyes de la tierra. «*Lino fino, limpio y blanco*», es la vestidura para la esposa de nuestro Señor, pero cuando se pierde el carácter, el ojo terrenal es atraído por los colores púrpura y escarlata, el oro y las piedras preciosas. La pureza de vida es lo que Dios quiere; la vestimenta real y la riqueza son lo que el mundo busca. La ramera está sentada sobre muchas aguas, ejerciendo una amplia influencia, haciendo que multitudes adoren en su santuario; porque, dijo el ángel, «Las aguas que viste, donde la ramera se sienta, son pueblos, y multitudes, y naciones, y lenguas» (Apocalipsis 17:15). De toda la tierra vienen

aquellos que pagan su dinero a esta criatura vil, y beben de la copa de oro que ella sostiene en su mano. Algunos han bebido una vez como experimento, pero habiendo probado su vino, están intoxicados. La imagen es la de las orgías de la antigua Babilonia o los misterios de Grecia. «Los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los habitantes de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación» (Apocalipsis 17:2).

En la frente de la mujer estaba escrito un nombre: «MISTERIO, BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA» (Apocalipsis 17:5). Este es el *misterio de la iniquidad*, que Pablo dijo que ya obraba en los días en que escribió a los Tesalonicenses.

La iglesia apostólica es representada como una virgen casta vestida de lino blanco. La historia de las siete iglesias de los capítulos segundo y tercero del Apocalipsis describe el declive. El primer amor se perdió, y eso facilitó la fornicación. La iglesia toleró a aquellos que sostenían falsas doctrinas, y a ciertas sectas de filósofos que aplicaron la razón de los griegos al estudio de la Palabra de Dios. La *simplicidad de los primeros días* se cambió por hábitos, enseñanzas y formas de vida mundanas. El cambio interno puede leerse en las manifestaciones externas en las iglesias de Pérgamo y Tiatira. El paganismo entró literalmente en la iglesia, y el líder del paganismo reclamó la iglesia una vez pura como su esposa. Un falso espíritu de profecía, una falsa interpretación de las Escrituras, la exaltación de la razón, el amor por las costumbres mundanas, el deseo de dinero y posiciones en el gobierno, y finalmente una demanda de la propia corona, — estas son las cosas que produjeron el cambio de la pureza, la sencillez y la dulzura, a la condición de la prostituta.

El cambio no se produjo en un día. Durante cinco siglos después de que Cristo envió a Sus primeros discípulos, la transformación estuvo en marcha. Una y otra vez durante ese tiempo, Cristo, como un verdadero esposo, buscó el regreso de Su iglesia. «Has fornicado con muchos amantes; sin embargo, vuelve a Mí, dice Jehová. Alza tus ojos a las alturas y mira dónde no has fornicado. En los caminos

te has sentado para ellos, como árabe en el desierto; y has contaminado la tierra con tus fornicaciones y con tu maldad. Por eso han sido detenidas las lluvias, y no ha habido lluvia tardía; y tienes frente de ramera, rehusaste avergonzarte... Y dije después de haber hecho todas estas cosas: Vuelve a Mí» (Jeremías 3:1-3, 12, 22). Escuche el ruego de Jehová a Su iglesia, y juzgue si Él ve las plagas con agrado. «Vuelve, oh Israel rebelde, dice Jehová; no haré caer mi ira sobre vosotros, porque misericordioso soy yo, dice Jehová, y no guardaré para siempre el enojo» (Jeremías 3:12). Pero la iglesia no escuchó el llamado a regresar. Durante los días de Constantino hizo mayores avances hasta que tomó su asiento sobre la bestia. «Esto era Misterio, Babilonia la Grande, la madre de las rameras, y abominaciones de la tierra» (Apocalipsis 17:5). Ella, que una vez había sido una copa de oro en la mano del Señor, llena del vino de Su amor, que el cielo a través de ella había ofrecido al mundo, se apartó de Él, se atavió con mundanalidad, y llevó a los labios de sus admiradores una copa de oro llena de veneno. Ella había caído, y aquellos que bebieron de su vino también cayeron.

Durante mil doscientos sesenta años la ramera, desde su capital en Roma, la ciudad de las siete colinas, controló las naciones de Europa. Les ofreció su vino. La mayoría de los hombres bebieron libremente y participaron de sus pecados sin restricción; pero cuando el hombre o la nación se negaba, pagaba la pena con su propia vida. «La mujer estaba ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús» (Apocalipsis 17:6). «La mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra» (Apocalipsis 17:18). Fue el poder que dominó Europa durante cuarenta y dos meses, de lo cual Daniel, el profeta, dice: «Hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo» (Daniel 7:25). Esta es una *imagen inspirada* de la iglesia que comenzó pura, pero pronto mezcló la verdadera religión con el paganismo. Primero pidió ayuda a las naciones, luego tomó las riendas del gobierno y gobernó tanto a reyes como a naciones. Dios

llama a esta iglesia una ramera, «Misterio, Babilonia la Grande, la madre de las rameras» (Apocalipsis 17:5).

Los gobiernos son ordenados por Dios, y los gobernantes son Sus ministros para ejecutar la ira sobre los malhechores y para ministrar el bien a los que hacen el bien. Mientras el pecado exista en la tierra habrá gobiernos, pero su jurisdicción es tratar con *acciones*, no con pensamientos y motivos. Solo para el malhechor, son divinamente designados un *terror*. En todas las naciones paganas la religión está bajo el gobierno, y los dioses son adorados porque el gobierno así lo ordena. Esto fue cierto en todos los reinos paganos, Babilonia, Persia, Grecia y Roma, hasta después del nacimiento de Cristo. Así, en cada una de estas monarquías, el diablo buscó destruir la verdad y a quienes se adherían a ella. La historia de estas naciones no es sino el registro de este intento. Cada gobierno fue un intento por parte de Satanás de rivalizar con el gobierno del cielo, y el fracaso total del intento puso al príncipe de este mundo en abierta vergüenza ante los gobernantes de otros mundos, cuando Cristo entró en Su propio territorio y edificó un reino espiritual dentro de los corazones de los súbditos de la propia Roma. Cuando en la crucifixión de Cristo, Satanás fue expulsado del concilio de los representantes de los mundos, sabiendo que su tiempo era corto, *revolucionó sus métodos anteriores* e hizo que los gobiernos se sujetaran a la organización religiosa. Esta revolución fue un proceso lento. Comenzó poco después de la muerte de Cristo. La *mano maestra*, que había influido en las naciones desde la creación, trabajó en dos direcciones, esperando que cuando sus fuerzas se encontraran hubiera logrado lo que hasta entonces no había logrado.

La nación romana fue la reconocida señora del mundo en los días del Salvador. En su desarrollo, se habían probado todas las formas de administración conocidas, y la esencia misma de las características fuertes de cada uno de los reinos precedentes se había combinado en el Imperio Romano. Los cambios del gobierno de un rey a los cónsules, los tribunos, los decenviros, y luego a los triunviros, y finalmente la revolución que lo convirtió en un imperio, habían

colocado cada vez más completamente a la nación bajo el control de los principios de ese príncipe que se esforzó por exaltar su trono por encima de Dios. La historia de Roma muestra que esto es verdad. La *completa supresión de la individualidad*, y la *exaltación del estado*, se lograron tan completamente en Roma como en cualquier gobierno terrenal.

Entonces el misterio de la iniquidad transformó a la iglesia de una mujer pura en una ramera, y la sentó sobre la bestia. La bestia tenía siete cabezas y diez cuernos, identificándola con el gobierno del Imperio Romano Occidental, descrito en el capítulo decimotercero del Apocalipsis y en el capítulo séptimo de Daniel. Además, el ángel dio a Juan la interpretación; porque, dijo él, «Las siete cabezas son siete montes» (Apocalipsis 17:9), siendo los montes un símbolo familiar de gobiernos utilizado por Isaías, Jeremías y Zacarías. Las siete formas de gobierno ya se han mencionado. «Los diez cuernos... son diez reyes que (en los días de Juan) aún no han recibido reino» (Apocalipsis 17:12). Estas son las diez divisiones del Imperio Romano, profetizadas en el capítulo octavo del Apocalipsis, y simbolizadas por la mezcla de hierro y barro en la imagen de Daniel 2:42-44, lo cual ayudó a preparar a la bestia para ser montada por la mujer, la iglesia, cuando ella estuvo lista para montarla. Las diez divisiones se formaron antes del 476 d.C. Entre el 533 d.C., cuando Justiniano publicó su decreto, reconociendo al jefe de la diócesis romana como jefe del gobierno de Roma, y el 538 d.C., cuando el último obstáculo en forma de un poder rival fue quitado del camino en Italia, la mujer montó la bestia. A partir de entonces, la *señorial Roma*, que, como la Babilonia de antaño, se había enorgullecido del hecho de ser la dueña del mundo, fue guiada y controlada por una mujer prostituta. Esto, a los ojos de las naciones, sería considerado lo más vil. La mujer que así gobernara, habría traspasado todos los límites de la decencia, y la nación así gobernada sería lamentada por su absoluta pérdida de autoestima. Si esto es cierto en las relaciones reales de la vida, ¿cómo debió haber aparecido a los ojos del cielo, cuando los mismos principios de acuerdo con los cuales la naturaleza fue creada, fueron tan revolucionados como para hacer posible esta condición de

recursos-biblicos.com – fuente original: adventistarchives.org

cosas? Pero el diablo fue frustrado. Esta fue su *obra maestra*. La amalgama de especies, algo contrario a la ley divina, y la autodestrucción al final, fue práctica en Roma. La mujer se convirtió en la madre de las ramera. Los diez cuernos, o reinos, tienen una misma mente con la bestia, y dan su fuerza a la bestia. La mujer estaba ebria con la sangre de los santos; esto estaba representado por el color escarlata de la bestia sobre la cual cabalgaba. Roma, como nación pagana, a menudo derramó sangre; todos los reinos universales llegaron al poder mediante el derramamiento de sangre; pero ni el león, ni el oso, ni el leopardo eran de color escarlata. La nación fue pintada de rojo con la sangre de los mártires cuando el gobierno se sometió al poder eclesiástico, y la iglesia hizo la guerra a los santos. Durante los mil doscientos sesenta años de tiranía, la iglesia afirmó que nunca quitó la vida a un solo individuo. La iglesia simplemente decidió quiénes eran herejes —así argumentan— y el estado ejecutó el juicio. La bestia montada por la mujer no puede hacer otra cosa que cumplir su voluntad. Así, *Roma se convirtió en una bestia escarlata*.

Para que no hubiera equivocación sobre la bestia de color escarlata, el ángel explicó aún más. Le habló a Juan de ella como «la bestia que era, y no es, y aun es el octavo, y es de los siete» (Apocalipsis 17:11). A lo largo de la historia de las primeras cinco cabezas, el paganismo fue el elemento predominante; en la sexta, el imperio, seguía siendo el principio rector; durante el papado, la séptima, desapareció a todas las apariencias externas, pero sin embargo era el poder controlador; porque *el papado es paganismo bautizado*.

Tras la Reforma, cuando la ramera fue odiada por los cuernos, el papado fue aplastado; pero en los últimos días los principios del paganismo, como se muestran en el Espiritismo, cuya manifestación suprema será la *aparición personal del diablo*, quien afirma ser el Cristo; y del papado y del falso profeta, las hijas de Babilonia, la madre de las ramera, todos se presentarán en la tierra como *poderes perseguidores* para oprimir al pueblo de Dios. Estas fuerzas se reunirán en Armagedón, y sobre ellas caerán las plagas. Ascienden del abismo;